

# RITOS DE LA VIDA Y DE LA MUERTE EN LA REGION MURCIANA

POR

CARLOS VALCARCEL MAVOR

El costumbrismo es un género literario, y también de las artes plásticas y de la música, que estudia las costumbres de los pueblos –con minúscula– a escala reducida, de un modo casero y hasta íntimo. Se diferencia de la etnología y de la etnografía en que no se ocupa ni de los rasgos raciales y otras características de los Pueblos –con mayúscula– ni del proceso evolutivo y desarrollo de los mismos, a través de los tiempos, culturas y civilizaciones.

El costumbrismo es como la suma o síntesis de la costumbre, pues decir costumbrismo es abrir el abanico, el amplio abanico, en cada una de cuyas varas puede contemplarse una costumbre, referida a un aspecto distinto.

Así hay una costumbre, un uso, término que, en definitiva, nos sirve para expresar una misma cosa, que hace mención a la vida o sentido de la misma, desde un punto de vista del espíritu. Es algo que afecta a un concepto religioso de la existencia, desde las más lejanas sociedades y comunidades. Como hay una serie de costumbres alusivas al proceso biológico del hombre, desde su nacimiento hasta su muerte, pasando por la niñez, con sus características, adolescencia, juventud, matrimonio, vida en familia, vida en amistad, que hablar de sociedad, cuando se trata de pueblos de vida menos compleja, puede parecer desgajado de su propia identidad. En fin, ancianidad o vejez, con sus prerrogativas y privilegios, para cerrar el ciclo con la muerte, a la cual también se la divisa desde la costumbre.

Si el costumbrismo es una partícula de la etnología, contemplada de un modo microscópico, es, sin embargo, la antesala de la tradición, lo que sucede es que



ésta, la tradición, es más solemne, más ampulosa, con una mayor carga de ambición, a la hora de acumular hechos, sucesos y avatares conmemorados en cada período de tiempo, en cada repetición de acontecimientos a lo largo de la existencia del hombre. Pero, en aquélla y en ésta, en la costumbre y en la tradición, los hechos o sucedidos vienen acompañados de unas circunstancias, a modo de ritos, de donde bien podemos hablar de ritos de la vida y de la muerte, como los dos extremos de una serie de actitudes, que habrán de acompañar al hombre desde la cuna al sepulcro, desde su venida a la vida hasta el abandono de la misma, hecho, este último, como el primero, en que el propio sujeto suele carecer de iniciativa, de un modo especial en lo que a la llegada a la vida se refiere.

Dice el refrán, mejor será decir el aforismo, que la costumbre hace ley. Nos hallamos ante los denominados usos, fuente de derecho, que aparecen también en distintos lugares de la región murciana, a la que va destinado este estudio somero. Usos en los contratos de aparcería, riegos, compraventa, etc., etc. Pero esto escapa, como otras muchas costumbres o usos, a la finalidad de mi aportación a una parcela de la vida, en que lo que vale es lo que no se regula, ni somete a norma, regla o forma coactiva o, al menos, recurrible a la hora de decidir una cuestión de cierta importancia o interés.

Hay, pues, otras costumbres, encaminadas a regular o regir, de un modo privado o particular, sin que nadie pueda exigir el cumplimiento, relaciones o ligaduras entre las gentes, entre ellas las que rodean al hombre desde su nacimiento hasta su muerte, pasando por el más o menos largo camino de la vida y por su modo de vivir de cara a la divinidad, aspecto religioso que, por fortuna —y que lo sea por muchos años— tiene fuerte arriago en la gran mayoría de las zonas de nuestra Región.

## EL PROCESO BIOLÓGICO

Los biólogos sintetizan el proceso de la vida humana en una sencilla fórmula: Nacimiento, crecimiento, reproducción y muerte. Son las cuatro crisis fundamentales que señala Gómez Tabanera, es el «*circuitum témporis*» de la vida humana.

Pero el hombre se desenvuelve dentro de una sociedad, de una comunidad más reducida y tiene que atemperarse a las normas de conducta, a las exigencias y reclamos de esta sociedad o comunidad. Viene acompañado, desde su nacimiento hasta su muerte, por una serie de formas tradicionales o de costumbres que se llaman ritos de tránsito, «*rites de passage*», que dicen los franceses.

No existe ninguna sociedad que escape a estos ritos o normas, a esta repetición de actitudes, frente a cada acontecimiento de la vida, a este devenir de las cosas, cuando el tiempo regresa con «*ritmo olvidado, vuelto a recordar*», en expresión barojiana.



El nacimiento de un ser vivo exige antes un período de gestación. Este período de tiempo, llamado embarazo, estado de buena esperanza, etc., tiene sus ritos llamados prenatales, que en no pocas comarcas de la Región Murciana, para ir centrando el tema, se quedan limitados, se reducen a muy pocos, acaso a los antojos, es decir, a no privarse de capricho alguno, por parte de la embarazada, cuando este capricho es sentido con vehemencia, ya que el hijo lo acusaría de un modo evidente, con manchas en la piel de la forma del objeto deseado y no conseguido.

De la misma manera, una madre encinta, según viejas supersticiosas huertanas y campesinas, no debe poner sus ojos en cosa fea, deforme, en defecto físico, pues se expone a que la criatura que lleva en sus entrañas nazca con deficiencias análogas a las contempladas.

Situación opuesta al embarazo es la infecundidad, que en la huerta y campo nuestros se cree vencer, al menos combatir, acudiendo a los Baños de Mula, cuyas aguas, según tal creencia, son fertilizantes o fecundadoras. En el Campo de Cartagena, y en otras comarcas del litoral, pero en especial en Pozo Estrecho, Campos de Mazarrón y Aguilas, etc., etc., es o era práctica, seguida hasta hace poco, ceñir con un cinturón de piel de foca o lobo marino a la mujer que desea quedar embarazada. Yo pienso, particularmente, que en el caso de los Baños de Mula puede ser eficazísima la colaboración de un joven y sano bañista, como en el del cinturón de lobo marino, sería más útil dejar que aquél se lo quite en lugar de ponérselo ella.

Cuando se acerca el momento del parto, del alumbramiento, a parte de devociones de preferencia, es costumbre acudir a San Ramón Nonnato, Santo catalán del Siglo XIII, nacido de madre muerta y extraído del vientre de ella por el que había de ser su padrino, tras realizar una milagrosa cesárea, dice Gómez Tabanera, un profano en la difícil ciencia de la cirugía.

A propósito de cesárea, diré que tal nombre viene dado por el emperador Julio César, nacido en las mismas condiciones, como Escipión el Africano, merced a análoga operación tocúrgica.

Una vez nacido el niño, que hasta hace muy pocos años lo hacía en casa, y en zonas más deprimidas se sigue haciendo, era atendida la madre por una mujer que gozaba de fama de mañosa en estos menesteres, aunque en casos más complicados se acudiese a las llamadas saludadoras, mujeres que tenían una gracia especial, a decir de las gentes. Una vez dado a luz, lo que importaba era el cuidado de la madre —sigue compartiéndolo con el del hijo— que, salvo unas reglas caseras de higiene, no tan profilácticas como para evitar, con triste frecuencia, las fiebres puerperales, quedaba reducido a la alimentación. Si la Navidad era y es el terror de los pavos, el parto lo era de las gallinas, pues no había parturienta que no se tomase el caldo de la mejor gallina de su corral o del ajeno, bien por



generosa dádiva de la familia, amigos o vecinos, o por la cariñosa adquisición del marido o padres.

Es curiosa la presencia de las gallinas en partos o alumbramientos. Si en Murcia se sacrifica para nutrir a la madre, en Alicante, en zonas limítrofes con nuestra Región, el precio o estipendio de la mujer que atendía a la madre se cobraba con una gallina blanca, si el niño nacía con vida, o negra si el feto nacía muerto

Tras el nacimiento venía y viene el bautizo, pero antes había que buscar el nombre, lo cual carecía de dificultad alguna, pues si en Castilla y otras regiones españolas se utiliza el del Santo del día, aquí se ponía y pone el del abuelo o abuela paterna, en el primer niño o niña, el de el abuelo o abuela materna, en el segundo hijo, según se varón o hembra, en fin, luego vendrían —se sigue haciendo en muchas zonas de la provincia—, el del padre, madre, etc.

Por mucha amistad que existiese entre los progenitores de la criatura, del recién nacido o del neófito, como se dice en religión, con quienes habían de ser sus padrinos si no lo eran los padres o hermanos, se acababa el tuteo, se hacía obligado hablarse de Vd, como una prueba de respeto, que todavía se usa en zonas en que la tradición está más arraigada.

Los padrinos del bautizo tenían —siguen teniéndolo donde la costumbre vive— una especial importancia, pues el rumbo con que acreditasen tal nombramiento o elección había de reflejarse en la mayor abundancia de bienes por parte del bautizado. De aquí la costumbre de encabezar, el padrino, la comitiva camino de la iglesia y regreso de la misma, arrojando grandes cantidades de peladillas, monedas y otros obsequios, que cuando llegaban a mostrar un valor de cierto relieve, el acontecimiento era tema de conversación varios días y en no pocas leguas a la redonda.

Al niño, durante sus años primeros, la acechaba un grave peligro, que no estaba escondido tras las numerosas enfermedades que mermaban, de un modo alarmante, la población infantil. No era un peligro que pudiera evitarse o aminsonar sus efectos acudiendo al curandero, al médico o a la botica, en el mejor de los casos, pues se hallaba oculto en la mala mirada de una mujer capaz de producir el mal de ojo. Esto no ha desaparecido todavía del mapa de la región, aunque se da en zonas de gran depresión cultural y entre gentes de mayor edad.

Era —sigue siéndolo para no pocas gentes— como una mirada maldiciente, por envidia en vista del feliz crecimiento, de la salud manifiesta de la criatura, de su belleza y encanto. Sólo afectaba, pues, a estos niños hermosos y lustrosos, que los escuchimizados, secos y enjutos ya tenían demasiado con esto, por lo que estaban exentos del mal de ojo. Alguna ventaja debían de gozar.

Cuando se producía el mal de ojo, cuyas consecuencias se traducían en delgadez, pérdida del color, tristeza, inapetencia, en fin, en un cambio radical de las



gracias físicas que habían provocado la mala mirada de la mujer malvada, era llevado, el niño, a otro mujer —verán ustedes que entre mujeres anda el juego, como entre mujeres estuvo la perdición del hombre y su salvación, aquella por Eva y ésta por la Virgen María— que gozaba de la fama contraria, la de devolver la salud al niño, pues esta hembra última era de las llamadas saludadoras, de que antes me ocupé. Salud-dadoras, dadoras de salud. Había un rito especial, pero lo más frecuente, además de extrañas preces, recitadas con gesticulantes aspavientos, mezcla de devoción y brujería, consistía en ponerle al niño una bolsita con cabello de la mujer agraciada con esos dones curativos. Se prevenía el mal de ojo con esa misma bolsa. Es una tradición folklórica de los conocidos evangelios que aún se siguen poniendo a los niños de pecho, que tampoco lo son en su inmensa mayoría.

Por eso —y aún se usa la fórmula— cuando se mira a un niño o se elogian sus bondadas y hermosuras, se suele decir, Dios le guarde y libre de todos los males.

Y llegaba la hora de ir a la escuela, una hora que, para muchos habitantes de los medios rurales y hasta urbanos de la región, no sonaba nunca, de donde el índice de analfabetismo era elevadísimo hasta no hace muchos años, sin que podamos lanzar las campanas al vuelo, pues ahora surge otro analfabetismo peor, el de los que saben leer pero no saben lo que están leyendo ni lo que han leído.

Hablar de la escuela, como una costumbre, como un hábito, sería exagerar las cosas, sería hacer costumbre donde pudiera haber obligación, pero nada más. Cada tiempo, a través de los años, ha tenido sus medios y procedimientos de enseñanza, desde aquel que se basa en el acaso bárbaro aforismo de que «la letra con sangre entra», hasta el intuitivo y quizás permisivo de hoy, en que el niño debe poner mucho más de lo que se le ha exigido hasta ahora.

Pero, en muchos años, acaso desde que la escuela empieza a ser una preocupación —si no una ocupación—, de los pueblos, en especial de los españoles sin que, por eso mismo, dejemos en el olvido a Murcia, los procedimientos han sido los mismos largos años, por lo que pueden entrar en el campo del rito o de la costumbre. Castigos físicos, como la palmeta, sin olvidar el pescocón o el «higo» pellizado, arrodillar al niño, de cara a la pared, incluso, ponerle unas orejas de burro, con gran regocijo de los demás y la natural vergüenza del castigado. Quedarse sin recreo era menos indigno, pero seguramente más temido de los niños.

La lectura tenía su antesala en el aprendizaje del abecedario, en gruesas tablas demadera, forradas de blanco papel, sobre el que estaban impresas en marcados tipos de un negro abultado. La cartilla, con las letras y las sílabas; el Catón, con la lectura de cortas frases, el «Juanito», un niño cursi y repelente,



que todo lo sabía, gracias al no menos insufrible señor padre, que le enseñaba toda suerte de frases «repipis». «El Camarada», el «Corazón», de Enmundo de Amicis, y una versión infantil del Quijote, junto a las enciclopedias Dalmau Carles, primer grado, elemental y superior, completaban el cupo de libros de lectura y ejercicio de la memoria, a la vez que se iban adquiriendo someros conocimientos.

La escritura daba comienzo con aquellos cuadernillos de palotes, que luego pasarían a ser letras cursivas, redondas o inglesas, cuando no todas a la vez. Unas plumillas de metal, como antes, años antes, lo habían sido de gallina o ave de corral, de donde le viene el nombre, embutidas en un mango de metal y un palillero de madera pintada con roja fuchina, daban la medida del material empleado o a emplear. Un pupitre, de dos plazas, con tinteros en la parte más alta del tablero, completaban la colección de útiles que el escolar había de usar durante su estancia en la escuela.

Algo de esto, naturalmente cambiando normas, procedimientos, libros y métodos, sigue sucediendo hoy, y de lo que no cabe duda es de que, cada año, cuando apunta el otoño en la lejanía, cuando el verano es una permanencia testimonial en el termómetro, como algo ritual, los niños acuden a los colegios, cuyas aulas se acaban de abrir, un año más, el futuro, a la esperanza y a la ilusión. Como cada año, con el mismo carácter ritual, cuando el tiempo ha vencido a la primavera y el verano es una inminente promesa de vacación, los niños abandonan la clase, el aula se cierra el colegio queda enmudecido durante el largo período estival.

En ese mismo tiempo del hombre en ciernes, del niño camino de la adolescencia, se producen los juegos, los juegos infantiles, que, sin duda, están relacionados con el sexo, naturalmente, pero con el entorno en que se encierra la vida del niño, y también con el tiempo histórico y con el físico, es decir, cada período de la historia ha debido tener sus juegos. El niño medieval no jugaría a las mismas cosas que el del Siglo XVIII ni éste a las mismas que el de hoy. Pero todos los niños del mundo han jugado, juegan y jugarán. Aquí está, precisamente, el carácter ritual del juego, en que tiene una vigencia y un tiempo, en el cual adquiere esa vigencia.

Uno de los juegos infantiles, hablando del hombre o del varón, que perdura aunque de diferente manera, es el de los bandos, que pueden —lo serían— estar constituidos por guerreros de un país y de otro, por moros y cristianos, por combatientes de guerras históricas, pero, desde que el cine puso de moda las películas del Oeste, en buenos y malos, en ladrones y policías, etc.

Y como queremos —es el fin perseguido— decir algo de lo que sucede en Murcia, cabe asegurar que aquí se juega a esos dos bandos, sin color o queriendo emular las películas de aventuras y de caballos, con sus luchas que plasman, o



plasmaban, hace unos años, en la rivalidad existente entre barrios o poblados cercanos, vecinos, que se daban cita en el Malecón, en el Parque, en los descampados que medían entre un barrio huertano o campesino, para apedrearse y hasta arremeterse con palos, varas u otros objetos contundentes, cuando no acudiendo a la piedra arrojada con la mano o con una honda o tirachinas, para darle una mayor fuerza o impulso, pero para fingir un arma más sofisticada que la propia mano.

Eran, pues, los años y los tiempos de los juegos infantiles, algo que sigue estando en la plenitud de su vigencia, aunque los había y los hay que acuden de la mano del almanaque. Se jugaba a los botones, que se solían guardar en una bolsa de tela, pero cuando el niño se quedaba sin ninguno, porque, en frase muy usada, lo habían «Japulío», se arrancaba los de la camisa o los de la pretina del pantalón. Todo menos dejar de jugar, de perder la posibilidad de recuperar lo perdido. También se jugaba a las estampas, es decir, a ganarlas o a perderlas, por el mismo procedimiento de los botones; pero las estampas, como se coleccionaban, sólo salían a la mesa de juego, al suelo en este caso, porque se jugaba en un portal, en la baldosa o en el rincón de una plaza, las estampas repetidas. El mismo sistema era válido para jugar a las tapas de las cajas de cerillas, de mixtos, como se llamaban, con banderas, toreros, almirantes y monedas de varios países.

Un juego universal, de gran arraigo durante muchos años, hasta hace poco, era el de las bolas, llamadas chinas si eran de piedra y petos si eran de barro. Bailar la trompa o el trompín, según tamaño, era otro juego, en el que ganaba quien hacía rodar más tiempo a la trompa o quien, cogiéndola con la mano, diese más «castes» a la trompa o trompín de los demás chicos en juego.

Otro juego socorrido era el boli, consistente en un trozo de palo o vara, adelgazado por las puntas, a modo de puro, el cual se golpeaba con una pala en forma de hacha, con la cual se daba en una punta del boli, saltaba y, aprovechando el salto, se le daba un fuerte paletazo, con el fin de alcanzar el mayor recorrido, la más lejana distancia, que en esto consistía el éxito.

Volar cometas de papel transparente y variados colores, aprovechando los días bonancibles de la primavera, el verano y el otoño recién estrenado; correr bilochas, de papel de estraza o de periódico, que tenían más cuerpo y pasaban, por lo tanto, más, en fin, correr aros de madera, a base de golpes de palo largo, a modo de baqueta; con una guía de alambre grueso, que curvada por un extremo servía para conducir el aro de madera, el de hierro, la rueda de una bicicleta, de un triciclo, una tapadera de lata de conservas; hacer todo esto, iba diciendo, era una de las distracciones de la niñez, tanto en los medios rurales como en los urbanos, que intercambiaban tales juegos en una perfecta simbiosis.



Pero no terminaban ni terminan aquí los juegos, que el «pillao», las cuatro esquinas, el pijotón, a la una la mula, agua va y las peleas entre niños, a que antes aludía, más las que se iniciaban por una nimiedad, completaban la amplia gama. Bastaba discutir de algo, de cualquier cosa sin ponerse de acuerdo, para que el niño ofendiese al que opinaba lo contrario: así nos lució, y nos sigue luciendo, el pelo cuando esos niños fueron hombres y arrastraron su intransigencia por la vida. Puestas las cosas en un extremo violento, faltaba un requisito, como era mojar la oreja del contrincante, que venía a ser como arrojar al guante a la cara, que se hacía entre los caballeros de la pasada centuria.

Otro modo de buscar jarana era pintar una raya en el suelo, raya que representaba la madre de los dos presuntos peleantes. El más valiente, según decían los niños, era el que primero pisaba la raya, con lo que creía y deseaba infringir una fuerte ofensa a la progenitora del otro, que, como es natural, se lanzaba a dar patadas, puñetazos y mordiscos al que se había permitido ofenderle de tal forma y manera.

Las niñas también jugaban, pero lo hacían a juegos menos violentos, más en concordancia con su sensibilidad y sexo. Lo hacían a las casicas, a las mamás, a los colegios, a las tiendas, a juegos de ejercicio, como saltar a la comba, con canciones o sin ellas, entre las que privaban «al pasar la barca», «el cocherito lerén», «el conde laurel», «dónde vas Alfonso XII», «Mambrú se fue a la guerra», a la coroneja, en fin, a juegos sedentarios, como las prendas o a juegos de sorpresa, como el escondite.

El niño sigue creciendo y llega a la pubertad o adolescencia, en la que cambia la voz y, con ella, los modos y las formas. Hablo naturalmente, del varón, pues la mujer, crece, llega a esta edad, fortalece la voz, la afianza y, como el hombre, puede comenzar a padecer el acné. Pero no es un rito sino una consecuencia de la edad, una carga que no todos deben soportar.

El niño, como la niña, comienza a sentir la fuerte atracción del sexo con la cual, además, surgen los primeros amores, con toda la corte de nombres y corazones escritos en parades, troncos de árboles, etc., de las cercanías de la vivienda de la joven amada, de su colegio o del jardín o paseo al que acude con frecuencia. Eran los tiempos —no sé si lo harán ahora— en que el mocito se restregaba corteza de tocino en la cara, para que le creciese la barba.

Los tiempos han cambiado, cambio que se nota en las circunstancias que rodean a esta edad púber, pero no en los sentimientos ni en la forma de manifestarlos, que siguen siendo los mismos, porque se hallan incluidos en las exigencias de una edad en que se descubren inclinaciones, efectos, independencias, generosidades, pero también vicios que muchas veces se adoptan para aparentar una mayor edad, una mayor personalidad ante los demás.

Si antes se paseaba la calle de la joven que acaparaba nuestro interés, se buscaba en la salida del colegio, se dirigía a las calles que, como Platería en Murcia,





o a los paseos y jardines frecuentados por la juventud, algo que ahora se hace, en otros lugares parecidos; si antes se ensayaban comedias, para matar el tiempo, pero para entrar en relación chicos con chicas, ahora se acude a las discotecas, a las salas de fiestas, a determinadas zonas en que el llamado alterne hace fácil el encuentro entre jóvenes de ambos sexos. Sigue siendo ritual esta búsqueda y hallazgo de hombre y mujer, en los días primeros en que unos y otras se encuentran con que ya lo son. Se comienza lo que hoy se llama «ligue», que antes, en una épocas, se llamó «flirteo» y antes «tonteo», que unas veces conducía al noviazgo y otras quedaba en un fracaso por una de las dos partes. Pero de noviazgos, cuando éstos llegan a ser más serios, hablaré después.

También llega, con esta edad, la necesidad de ir pensando en elegir oficio o profesión desde las primeras letras concluidas, en el primer caso, o desde el estudio más complicado y responsable, en el segundo. El estudiante también se rodea de ritos en todos los tiempos.

La elección de oficio o carrera, antes como hoy, tiene sus exigencias y sus muchas circunstancias. No todos los que llegan a un oficio han elegido éste por una auténtica vocación. Necesidades perentorias de buscar empleo y unos ingresos inherentes a aquél, dificultades de capacidad, de economía, del mismo azar, hacen que el número de los que no se identifican con su profesión sea mayor de lo que fuera de desear.

Dejada atrás la pubertad, en la plenitud de la edad joven, o se seguía la carrera o se iniciaba, o se hacía y hace la oposición o concurso para ocupar un puesto en la administración, otra de las muchas aspiraciones, no siempre certeras en los resultados, de varias generaciones españolas, acaso, o sin acaso, porque el mundo de la economía privada no estaba todo lo desarrollado como para absorber elevadas contingencias de jóvenes incorporados a la vida laboral, a veces por falta de una preparación adecuada, pero a veces, también, por el afán de conseguir un puesto que se consideraba y considera seguro. «A las puertas de un empleado público llama el hambre, pero no entra», se solía decir.

Es mucha más amplia la gama de posibilidades de hallar un puesto de trabajo, un oficio, carrera o profesión, que viene a ser igual pero no lo mismo. Antes, hasta no hace muchos años, el hombre de los medios rurales tenía que dedicarse a la tierra, al comercio familiar, domiciliado o ambulante, a un oficio en relación con el medio ambiente, desde aperador, carpintero, pintor, albañil, electricista, etc., al de navegante, pescador, leñador, pastor, etc., sin que esto apure, ni mucho menos, la extensa relación de oficios no citados, como tampoco la posible incorporación del hombre de estos medios rústicos a otras profesiones, en la que el estudio o una más cuidada preparación abre las puertas de éstas. Tales posibilidades eran —ya no lo son tanto— más fáciles en los medios urbanos, en las ciudades, en las que se hallaban los centros apropiados a la preparación



adecuada. Oposiciones a Administración del Estado, Local o de la banca, contabilidad, etc., en un término medio, y luego las carreras universitarias. Todo esto, que escapa a toda visión ritual de costumbre o tradición, lo recojo como cita, para llegar a ese tiempo en que el hombre, cuando considera que su porvenir está resuelto, o al menos le permite crear una familia, se enfrenta con el problema de matrimonio. Aquí, sin duda alguna, interviene el rito, la costumbre y la tradición, que no la superstición, al menos en nuestra región o provincia.

Antes del matrimonio se precisaba ese período llamado noviazgo, que antes mencioné. Ignoro si ahora se piden relaciones, antes de formalizar un noviazgo. Antes se llamaba declaración. «Fulano se ha declarado a Mengana». De todas formas, llámese como se llame, existe el trámite, el previo consentimiento a una situación de compromiso, todo lo leve que se quiera, si luego, el propio matrimonio puede quedar en suspenso, roto el compromiso, libre para poder empezar, según la ley vigente.

Pero, la declaración no significaba el reconocimiento por parte de la familia. Ahora, en muchos medios urbanos tampoco. La formalización se obtenía cuando el novio daba un paso trascendente, hablar con el padre de la novia, para formalizar relaciones y alcanzar el permiso para entrar en casa.

En los pueblos, la primera fase del noviazgo se caracterizaba por el paseo delante de la casa de la novia. A la caída de la tarde, con las estrellas en el cielo, el novio se arrimaba a una ventana, tras la reja de la cual se hallaba ella esperando a su galán. No es cosa de películas costumbristas ni de piezas teatrales de una época. Yo he visto, en mi juventud lejana, estos novios aguantando las inclemencias del tiempo al pie de la ventana.

Con el permiso del padre, el novio entraba ya en la casa o, en los campos y huerta, en las noches veraniegas, se sentaba a la puerta, en dos sillas juntas, pero a la vista inmediata de la madre, que esta vigilancia —llevar la «carabina», so solía decir— correspondía a las mamás.

Pero antes, los jóvenes de ayer, como los de hoy, tienen la sagrada obligación de servir a la Patria, de servir al Rey, como a la sazón se decía y puede volver a decirse.

Dos actos, concretamente, centraban este ritual anticipado. El primero tenía lugar el mismo día del sorteo, en aquellos años no tan lejanos en la Caja de Recluta de Murcia, viejo Cuartel de Garay, ahora remozado, y posteriormente en el Cuartel de Jaime I El Conquistador, en el que se daba alojamiento al Regimiento de Artillería. Eran —creo que ahora no lo hacen— muchos los mozos que acudían a presenciar el sorteo y a conocer, por el número obtenido, la plaza en que habían de prestar ese honroso servicio de las armas. No era posible conocer el arma, cuerpo y unidad, pero si la Región y, de un modo especial, si lo habían de hacer en Africa o en la Península.



Posteriormente, cuando se crearon los desaparecidos CIR, se sabía el lugar, nunca el arma, a la que se iba como consecuencia de un «test» informático, algo equivalente, pero menos complicado, a la estatura del mozo, que si rebasaba el metro setenta iba a artillería, si no llegaba a esta altura, se quedaba en infantería, a no ser que se quedase por debajo del metro sesenta, en que solía ir a cazadores.

Como todo, o casi todo, suele convertirse en «causa lucri» para los humanos, en torno al cuartel, en que se desarrollaba el sorteo, se instalaban unos puestos en los que se vendían unas a modos de tarjetas, con los colores de la enseña nacional y la palabra «Africa» o «Península», tarjetas que los mozos, una vez finalizado el sorteo, en una especie de acto primero de su vida militar, lucían en la solapa, mientras recorrían en grupos la ciudad, las calles y paseos de la misma, o en poblados, pues el citado sorteo se celebraba en domingo, para ir luego a los bares y tabernas a celebrar la suerte o la adversidad, si por tal se tomaba tener que ir a las plazas de soberanía o al protectorado.

Si los mozos eran de medios rurales, cosa que abundaba, regresaban a sus lugares, para seguir la juerga, que solía terminar en una alegre francachela, cuando no en una mediana «lagartijera» o embriaguez.

Y llegaba la víspera de la incorporación a filas y, en esa noche, tras las tristes despedidas de la novia, las amigas, los familiares menos cercanos, los amigos, etc., venía una suculenta cena, en la que no podían faltar las patatas asadas con manteca de cerdo y pimienta, los michirones con chorizo y hueso de jamón, la pierna de cordero asado, el pescado frito, acaso el gazpacho con torta y liebre, según las zonas, más la fruta del tiempo, el arroz con leche, el vino tinto, clarete o blanco, el café, la copa de coñac, la de anís, el carajillo acaso y, luego, las naturales diabluras, que muchas veces se convertían en auténticas gamberradas. Carros, carretas, carretones, caballerías, vacas, cerdos, borregos, ganado en general, mal guardado, iba a parar muy lejos de su punto de procedencia, desatados antes y atados en las rejas de apartados vecinos de quienes habían sufrido las bromas, las malas bromas, de los quintos, que así se llamaba aquella noche, la noche de quintos, y que tiene análoga traducción en todo pueblo de España noche y escenas que han sido recogidas por la literatura costumbrista, por zarzuelas y comedias del mismo género y por la leyenda popular.

Claro, algunas veces las bromas rebasaban los límites de lo prudencial, sobre todo cuando se rompían las bombillas del alumbrado público. Se levantaban los tablachos de las acequias y se inundaban los bancales o se encharcaban los caminos y carriles, con indudables molestias para sus dueños o usuarios al día siguiente. Pero en esa fecha, y en esa hora, los quintos se hallaban ya en la capital, esperando que se formase la expedición que había de conducirlos a su destino, en el que habían de permanecer tres años, luego dos y ahora uno.



Y los años pasaban, a un ritmo acelerado para los viejos, a un ritmo como retardado, para la infancia y, desde luego muy despacio –sigue ocurriendo ahora, para los que apenas cumplen un año de milicia– para los soldados, que un día salieron quintos de su casa y al cabo del tiempo regresaban y regresan licenciados, antes luciendo, colgado de un brazo, un largo lazo como el que se pusieron el día de su primera comunión, con la diferencia de que aquél era blanco y éste, de licenciado, de cintas de varios colores.

Con la licencia venía la incorporación al trabajo –sigue viniendo para el que lo tiene– y con esta nueva vida, más tarde o más temprano, se planteaba el problema del casorio, la boda o el matrimonio, con toda esa preparación de agenciarse un hogar, una casa, que muchas veces se resolvía construyéndola sobre el solar de los padres, otras alquilándola y otras adquiriéndola, si la familia o el novio se hallaba en posesión de medios suficientes para ello.

La casa había que vestirla, amueblarla, con muchos o con pocos utensilios, según la escala social y económica a que pertenecían los futuros esposos. Algo de eso, mucho de eso, sucede hoy y sucederá mañana.

Pero, a la sazón, bien por evitar estos gastos y otros aparejados a una boda, bien por oposición surgida en una o ambas familias, acaso por que no tenían ganas de soportar la obligada espera, era corriente la práctica de llevarse a la novia, depositándola en casa de algún familiar o amigo, o tirando por la calle de enmedio y huyendo a la capital o ciudad cercana más importante, a pensión o fonda, cuando no a posada y... matrimonio consumado.

Era frecuente el procedimiento, pese a lo cual no satisfacía a nadie. Muchas mañanas, en el horno, la tienda, el bar, la taberna, la plaza, la calle del poblado o barrio, el comentario era obligado: fulano se ha llevado a la mengana. O, la mengana se ha ido con el novio. Era el tema de conversación de toda la mañana, de todo el día. En casa de la novia, la madre consumía cantidades de agua de azahar y tila para aliviar los nervios, mientras que el padre cogía un cabreo descomunal. Pero todo pasaba. A los pocos días, un familiar del novio preparaba el regreso de los arrejuntados que, rápidamente, pasaban por la sacristía de la parroquia, única dependencia del templo en que el cura admitía la celebración del sacramento matrimonial de los fugados.

Pero eran muchas, también, las parejas, la inmensa mayoría de ellas, que aguardaban un largo período hasta tener un hogar decente, unos muebles modestos, precisos, dormitorio, lavabo, palangana, jarro del agua, espejo, sillas de morera, mesa de la misma madera, cobertor retalero para la cama, lebrillas, ollas, cazuelas, pucheros, platos de loza, vasos de cristal más o menos fino, cubo, barreño, escoba, plancha, etc., etc., que bastaban para acompañar a los nuevos esposos en su recién estrenada felicidad.

Las bodas tenían un ritual parecido al del bautizo, en lo que a su forma externa, no litúrgica, se refiere en la capital y otras ciudades importantes, con alguna



excepción en los barrios más distinguidos, la comitiva se dirigía a pie hasta la iglesia, de la que regresaba igualmente andando. Esto, naturalmente, sucedía en todos los pueblos, en muchos de los cuales, en muchísimos, sigue sucediendo.

Encabezaban la comitiva la novia del brazo del padrino, a los que seguían el novio del de la madrina. Luego, en desordenada sucesión, venían los familiares e invitados, muchos de los cuales aguardaban en la puerta de la iglesia. A la salida de la misma, y para alegrar a la chiquillería y a los mendigos o pedigüeños que se asomaban a la puerta, los padrinos hacían gala de su largueza y generosidad, cuando no de su opolencia, arrojando a la calle monedas de cinco céntimos, de diez, de a real y, en contadísimas ocasiones, de dos reales de plata. Esto era comentado el día de la boda, en tabernas, comercios, reuniones familiares o amistosas, en torno a la lumbre baja o el brasero, en los días fríos del invierno, en la puerta de la casa, sentados en mecedoras, sillas apoyadas a la pared o en el mismo quicio del portal, en las largas noches del verano.

Como los viudos pueden volverse a casar, si les place, ahora, antes y después, si no modifican las disposiciones de toda índole sobre la materia, que lo veo difícil, muy difícil, cuando se va siendo permisivo al máximo en esta cuestión del matrimonio, no eran ni son pocos los que lo hacían y lo hacen. Pero hoy, con contadísimas excepciones, en zonas de la región donde la tradición está más arraigada, la boda no viene o va acompañada de las populares «cencerradas».

Esto sucedía todas las madrugadas, antes, mucho antes, de apuntar el sol, pues en el momento en que Febo hacía su aparición por el hasta entonces oscurecido Levante, las gentes se incorporaban a sus quehaceres. Pero antes, en la plena madrugada, con luz de luna o de alumbrado público, en las cereanías del hogar de la novia, viuda ella o el futuro marido, se daban cita unos cuantos desocupados, apegados a la más profunda costumbre y, desde luego, al humor, un humor que no lo compartían la futura contrayente, sus familiares y aquellos vecinos que nada tenían que ver con la «cencerrada», consistente en hacer sonar cencerros, latas, botes, cacerolas, etc., etc., entre una o dos horas, en una monótona y ruidosa serenata.

El estruendo se multiplicaba el día de las nupcias, pues medio pueblo se dedicaba a hacer ruido y otro medio a escucharlo. Estas bodas, entre viudos ambos o uno solo de los contrayentes, solían anunciarse y celebrarse en el alba, pero muchas veces se anunciaba así para despistar, pues intentaban desorientar a los «cencerristas», cosa que no lograban, pues éstos establecían una a modo de guardia permanente en torno a la casa de la novia, que es a quien iban dedicadas estas sonoras felicitaciones. Este retén, tan pronto observaban un movimiento sospechoso, enviaba un emisario o disparaba un cohete, y la «cencerrada» se agrandaba a la casi totalidad del pueblo. En la puerta de la iglesia, a la que iba la novia sola o con un familiar, como lo hacía el novio desde su propia casa, también aguardaban, lata, cubo, campanilla o cencerro en mano, otros improvisados



«concertistas», para amenizar, desde la calle, todo el acto religioso de la administración del sacramento.

Parece ser que el origen de la «cencerrada» se halla en el uso del cencerro, por parte de los mansos, pues se debía considerar que uno de los dos perdía su honorabilidad, pues entroncaba con otro u otra que ya había pertenecido a mujer u hombre distinto.

Y la vida seguía y sigue su curso, dentro del cansino transcurrir de los días, de la sencillez de la vida, del gris y repetido acaecer de cada jornada, con la sal y la pimienta de los festivos y la bien condimentada salsa de las fiestas mayores, patronales y las del calendario, como Semana Santa y Navidad, sin olvidar la obligada visita al Camposanto, en la tarde del día uno de noviembre, con el doblar de campanas o repiques a media vuelta, como música de fondo, mocos de pavo y crisantemos, cera ardiendo, retratos del muerto y puestos de pipas y coronas o girasoles en la puerta del cementerio.

En su relación de cada día, en el trato cotidiano, usaban y usan, donde la costumbre y al rito no ha muerto, unas fórmulas llenas de respeto, algunas de las cuales pueden parangonarse con las empleadas por la misma diplomacia, en las cortes reales y en el mismo Versalles, aunque aquí se hablaba francés, como marcada diferencia.

Una serie de frases hechas, que no tópicos, de palabras casi rituales, servían a los hombres del campo, de la huerta y de la vida artesanal de la ciudad —algo que perdura todavía— entre gentes de edad o apegadas a las viejas formas. Servían para el trato más o menos superficial, para determinados momentos y situaciones de la vida en común o sociedad, si por ella tomamos el contacto o la relación en el trabajo, en la calle, en el bar o taberna, en el círculo o en la misma vivienda.

El saludo de llegada era —lo sigue siendo en determinados medios— «buenos días nos dé Dios». La despedida quedaba precisada por el «queden ustedes con Dios». El saludo de paso, en la calle, sin detenerse era y es «Vaya usted con Dios», aunque todavía cabe esperar ese gracioso saludo, cuando se conoce a uno de los varios que son saludados: «Adios fulano y la compañía». Citar santos conocidos, en vez de meses o fechas, era y es, en medios rurales, vieja y buena costumbre. Por San Antón, en vez de por enero, por San Blas, por San José, por Semana Santa, por San Isidro, etc., etc., era un modo de fijar una referencia en el tiempo.

El respeto, dentro de una cierta rusticidad, hasta de una nada disimulada zafiedad, era, sin embargo, norma que presidía —lo sigue haciendo— la vida de relación entre aquellas modestas gentes. La palabra cerdo, siendo correcta, no era admitida. Su sucedánea popular, «marrano», «cochino» y hasta «chino», sin pensar en los naturales de aquella vasta nación, no podían ser pronunciadas sin



añadir «con perdón». Decir que una persona gozaba de unas circunstancias, características o condiciones buenas, no era correcto sin añadir «mejorando lo presente». Recuerdo un labrador de mi casa, que hablaba de la próxima matanza de un cerdo —con perdón— un cerdo, comentaba, muy hermoso, «mejorando lo presente», añadió, en lo cual a todos los que escuchábamos sus elogios al citado animalito, o animalazo, por el tamaño, nos asimilaba a él.

Un pisotón, un empujón, un roce, en fin, cualquier molestia involuntaria era seguida de la frase ritual «usted disimule», que equivalía, y equivale, a decir que no se da por enterado, pues no ha sido intención por su parte el hacerlo.

Tampoco está bien visto señalar. Cuando se hace referencia a una parte del cuerpo, se dice «en semejante sitio, aunque esté feo el señalar».

En cierta ocasión, en una taberna de los extrarradios de la capital pude escuchar una finura de gran contenido cortesano. Un contertulio o cliente ofrecía un vaso de vino a otro. «Está en buenas manos», contestó el que era objeto de la oferta. Pero el ofertante, sin duda alguna dominador de la cortesía huertana, contestó «pasa a mejores».

Un amigo mío, de Monteagudo, cuando le doy recuerdos para su familia —un recado llaman ellos a los recuerdos— contesta «bien que sabrán apreciarlos».

Digo todo esto, para dejar una pequeña muestra de como el hombre, la gente de la huerta o del medio rural, así como la de los barrios más populares, dentro de su estilo sencillo, modesto, pero siempre sincero, observa unas reglas, una conducta, en su trato y relaciones, que muchas veces en nada tienen que envidiar a las que rigen las relaciones entre las gentes de la más elevada sociedad. Es un rito aquí, entre las capas humildes. ¿Lo es también en donde lo convencional prima sobre lo natural o sincero?

Y como la existencia seguía —y sigue— el camino hacia su meta final, que está representada por la muerte; como el tiempo pasaba —y pasa— más deprisa de lo que generalmente es de desear, había que llevarle la cuenta a éste, al tiempo, a los años, que es la medida más usual en la vida del hombre, que las gentes de los medios rurales contaban por duros. «Me faltan cuatro pesetas para los quince duros», me decía no hace mucho una pobre mujer que vive de las limosnas. Quería decir que tenía setenta y un años.

El dinero, por el contrario, se contaba por reales, posiblemente, en el primero de los casos, en el de los años, para hacerse a la idea de tener menos, mientras que en el segundo, en el del dinero, para todo lo contrario, para poder llegar a la ilusionada convicción de tener más.

Duros o años, da igual, el caso es que el cuerpo va perdiendo facultades, fuerza y vigor, vida en una palabra. La enfermedad llegaba y llega, unas veces por imperativo de la edad, como solía decirse en el horroso lenguaje de la Adminis-



tración y de la Ley. Pero otras veces, la enfermedad hacía acto de presencia, como natural consecuencia de las no siempre buenas condiciones de higiene en que se desenvolvía la existencia, de un modo especial en los medios alejados de los más importantes núcleos urbanos y, aún dentro de éstos, en los barrios más populares o modestos.

No se esforzaba mucho, el hombre del campo o de la huerta, no se calentaba la cabeza, empleando su propio lenguaje, a la hora de enumerar enfermedades, de las que se conformaba con unas pocas, las suficientes para poder opositar a un trozo de tierra con que cubrir su cuerpo.

Toda erupción o infección de la piel, dentro de la amplia gama que puede dar lugar a ello, era denominada, simple y sencillamente, una subida. Si se trataba de una irritación ocular, subida a la vista y sobran mayores complicaciones. Un forúnculo, una llaga, un grano, una úlcera, eran un mal, algo que cabe pensar no andaba descaminado, pues nunca podíamos decir que se tratase de un bien. Un cáncer, del que Dios nos libre, era llamado un mal malo, redundancia del no va más allá. Calenturas eran las fiebres maltesas, el paludismo, las paratíficas, etc., etc., que solían abundar, en los medios rústicos, acaso, o sin acaso, por beber sin hervir, previamente, leche de cabra y como resultado inevitable de la existencia de mosquitos, atraídos por las aguas estancadas y corruptas de charcas y remansos, los llamados amenópheles o de pata larga, para volar por casa.

Una correncia era la manifestación externa y apremiante de una afección intestinal, con prisas y aperturas para ir a cierto sitio o lugar, al «excusado», con perdón. Los viejos de las zonas más metidas en la huerta y de los campos de la Región, todavía utilizan tal expresión, para designar a la diarrea.

En fin, una enfermedad o dolencia hepática, con pérdida del dolor, palidez, piel amarillenta o pajiza, para ponernos en situación, era llamada aliacán, y decían se curaba mirando correr las aguas de la acequia o la vía del tren en la Vega lindera con la provincia de Alicante.

Pero habían enfermedades que no se curaban ni mirando las aguas de la acequia, ni haciendo uso de los polvos de la madre Celestina, fórmula mágica muy empleada por las gentes humildes, para definir el «non plus ultra» de la medicina, título de una comedia de Juan Eugenio de Hartzenbusch, que, con la «La redoma encantada», completaba el grupo de las dos piezas teatrales de su comedia mágica.

Eran, estas dolencias que no se curaban con nada, las últimas enfermedades, la última enfermedad, la que llevaba al paciente, que muchas veces dejaba de serlo, a la tumba.

Una serie de ritos acompañan, y siguen acompañando, a la escogida víctima, desde su ya cercana proximidad a la muerte. Se presumía ésta, la muerte,





cuando los sacramentos eran llevados al domicilio del enfermo. Era el viático, que hoy pasa desaparecido en la ciudad y en las villas, aldeas y poblados. La campana de la torre, la mediana donde habían tres, sonaba lentamente. Veinte campanadas si era hombre el que había de recibir los auxilios espirituales y dieciocho si era mujer. No sé si el feminismo en boga verá, en esta mayor cantidad de golpes de badajo, una marginación o una mejora el sexo fuerte. Pero era así.

El viático convocaba, después de los toques de campana citados, a numerosos fieles en la iglesia. Era como un rito. Cuando salía a la calle, acompañado de feligreses, una campanilla, tañida por un monaguillo que también portaba un farol, las gentes se arrodillaban al paso del Señor. Las amas de casa, las gentes de las tiendas, los obreros de los talleres, se asomaban para rendir su homenaje a Dios en la Eucaristía. Si un vehículo, automóvil o galera, se cruzaban con el Señor, invitaba al sacerdote que lo llevaba a subir en aquél, que seguía el camino hacia la casa del enfermo a paso lento, precedido del monaguillo de la campanilla, y seguido del público que venía la iglesia y del que se había ido sumando durante el trayecto recorrido.

Las gentes de ayer, y creo que también las de hoy, en los pequeños poblados estaban y están obsesionados por el sexo y por la muerte. La noticia de un fallecimiento corría como reguero de pólvora, en socorrido latiguillo, en manido tópicico, para uso de cuartilleros de periódico provinciano o pueblerino.

Era tema obligado de conversación, en la taberna, en la tienda, en el taller, en el trabajo y en la casa. A la hora del entierro, anunciado previamente por tres largos toques de campana, a base de doblar éstas, se paralizaba la vida en la aldea y en el caserío. Todos acudían a la casa mortuoria o doliente, que de ambas formas se decía y dice, vistiendo prendas de fiesta, para así honrar mejor la memoria del difunto, lo que no quitaba, por parte de los hombres, mientras que ellas rezaban el rosario, tras la inhumación, echar el alboroque, consistentes en libar varios vasos de vino, para sacar el alma del difunto del purgatorio o para celebrar su llegada al cielo. Uno cree, también, que para festejar la permanencia, del que alzaba la copa, en este pícaro mundo. Es claro, el difunto, desde la otra orilla de la vida o desde la misma margen de la muerte, no podía disgustarse, porque él, durante su existencia recién terminada, había hecho lo mismo, cuando amigo o vecino había emprendido el largo viaje sin retorno, que es la muerte.

El duelo se despedía, dando el pésame a la familia, que se situaba en fila, a la orilla de la calle señalada por la tradición y la costumbre para este menester. En la capital lo era en la misma esquina de San Nicolás con Santa Teresa, luego, años después, en la de Aguadores o Gómez Cortina, con la citada Santa Teresa. Allí se entonaba el último requiem o responso, por el párroco correspondiente al domicilio del finado. Durante varios años residí en aquellas calles, por lo que ya me eran familiares las voces de cada párroco, sacristán y monaguillos, identificando la parroquia por las voces de estos servidores de la misma.



Era fórmula obligada, por parte del que abría la larga hilera de acompañantes, decir: «Dios le tenga en su Santa Gloria y a ustedes les dé salud para hacer bien or su alma». Como la frase era larga, para no hacer interminable la despedida del duelo, los que seguían al primero en abrir la marcha, se limitaban a pronunciar el «igual le digo».

Cuentan que un doliente, un deudo, como suelen decir las esquelas, usaba peluquín o bisoné, que también se le denominaba así. El usuario del sistema o medio de esconder su calva, tenía el tal peluquín un poco torcido. Uno de los asistentes, al pasar por delante, estrechar la mano y pronunciar la frase de rigor o ritual, añadió: «Llevas el peluquín un poco ladeado», por lo cual, el propietario del mismo dio las gracias, mientras se daba un pequeño tirón para enderezarlo. «Igual le digo», añadía el siguiente, haciendo uso del inevitable rito. Otro pequeño tirón. «Igual le digo», decía el precedente, seguido de otro tirón, hasta que el calvo vergonzante, «cabreado» con tanta advertencia, cogió el bisoné, se lo quitó y lo arrojó al suelo violentamente. Es de suponer las reprimidas carejadas de quienes se disponían a decir «igual le digo», con cara compungida y de circunstancias.

La muerte llevaba consigo los hoy en total decadencia lutos. Un huertano, hasta no hacer muchos años, vestía de negro de arriba abajo, camisa y todo, aunque, tras la misa de cabo de año, la del primer aniversario, los botones se cambiasen a blancos, pero nada más. Este era el alivio de luto, que mejoraba cuando se cumplían los dos años, pues entonces la camisa se trocaba en blanca, pero con la botonadura negra. A los tres años sólo quedaba el negro brazalete de la americana, en una manga de la misma, o el botón forrado de negro, en el ojal de la solapa. Es decir, cuatro años, entre el luto riguroso y el de total alivio. Pero, como el luto se llevaba por los padres, hermanos, hijos, abuelos, tíos, cuñados, primos hermanos, etc., etc., unas veces más acusado y otras menos, la población rural andaba casi siempre vestida de negro o con la presencia de este tono en sus ropajes, lo que hacía prácticamente de nuestros campos, huertas y barrios populares, un mal remedo de la España de los Austria, ya que era poco menos que imposible no reengancharse en un luto tras otro.

Y si el pésame, en la huerta y sus pueblos, en los campos y aldeas, se ceñía a la ceremonia antes descrita, cuando el difunto era terrateniente y al sepelio acudían sus labradores, como era obligado, según las normas de la cortesía y relación de amos a dependientes, éstos, los labradores, delegaban en uno de ellos, por lo general el más «sabido» y el mejor hablado, teniendo por tal a que mejor «parlique» demostraba, para que éste hablase en nombre de todos, llevase, por decirlo así, la voz cantante.

Ocurrió, en la capital murciana, un caso muy gracioso, aunque a la viuda del difunto no le pareciese tanto. Al llegar a la casa mortuoria, el que llevaba la representación de los colonos de la finca en cuestión —cada finca se producía en



el mismo tono— tras rezar un padre nuestro con pañidera voz, contestado por todos con un soniquete adormilado, tipo sacristán de pueblo, de los de entonces, claro, tomó la palabra y dijo, mirando al suelo: «ya lo sabe Vd. señora. Cuando en este mundo hay una persona buena, viene el demonio y se lo lleva». Bonito consuelo para aquella dama, cargada de virtudes cristianas.

La muerte ponía —seguirá haciéndolo hasta la consumación de los siglos— punto final al ciclo de la vida, al *circuitum temporis*, a las cuatro crisis fundamentales de la misma, en fin, al último de la no tan sencilla fórmula de los biólogos.

Tras ella, tras la muerte, la nada para los incrédulos, el misterio y la duda, para los tibios, en fin, la esperanza y la seguridad en una vida futura, más feliz y eterna, para los que gozan y disfrutan del bien de la Fe.

El hombre, desde la cuna hasta el sepulcro, desde su misma concepción, comenzó y comienza, en no pocos casos que subsisten, a ser acompañado de una serie de ritos que no le dejarán de la mano, hasta que ésta quede yerta, como el resto del cuerpo, a causa del punto final de la vida.

Son los ritos de la vida y de la muerte, que en todo lugar del mundo, por apartado que se halle, se manifiestan de una y otra forma, y que aquí, en nuestra Región de Murcia, son, con escasas variantes, las que he expuesto en este somero estudio, fruto de una observación —lo de investigación me parece pedante en este caso— de las gentes, de las cosas, de los tiempos y de los espacios, sobre los cuales los hombres nacen, crecen, viven y mueren.

